

XXIX Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 45, 1. 4-6; Tesalonicenses 1, 1-5b; Mateo 22, 15-21

«Pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»

16 Octubre 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«Bien sabemos que Él os ha elegido y que, cuando se proclamó el Evangelio entre vosotros, no hubo sólo palabras, sino además fuerza del Espíritu Santo y convicción profunda»

Ha sido trágico para muchos usuarios de Blackberry encontrarse incomunicados durante varios días. Por un tiempo nos hemos encontrado sin esa luz roja que nos dice que alguien nos busca o necesita. La incomunicación genera tensión en el alma, casi una especie de vacío. En esos momentos nos damos cuenta de hasta qué punto podemos llegar a estar atados a las redes sociales. Nos alegra sentirnos en contacto con el mundo, necesarios para muchos, aunque sea a través de internet. Pero también nos preguntamos, al pensar en todo esto, cómo es el tipo de vínculos que hacemos, la profundidad de nuestras relaciones, la calidad de las conversaciones que tenemos. Y lo más interesante es que no logramos desconectarnos de los que están lejos, para conectarnos más profundamente con los que están más cerca. Pero queremos ir más allá y pensamos que con Dios no es posible esa comunicación cercana, que no nos habla, que sólo hablamos nosotros. Nos falta ese mensaje de Dios para cada día que nos muestre el camino a seguir. La verdad es que no sabemos escuchar. Nos cuesta hacer silencio y estar solos. Además, podemos preguntarnos, si seguimos tirando del hilo, sobre la comunicación que tenemos con nosotros mismos y con Dios en nuestro interior. Preferimos preguntarle al sicólogo cómo somos, antes de ponernos a pensar en lo que nos pasa y en el porqué nos pasa. Por eso no avanzamos. No nos quedamos solos. Nos da miedo pensar en lo que nos podemos encontrar si profundizamos. Ponemos música o buscamos conversaciones que llenen el vacío de la soledad. Hace poco me encontré con un joven rezando en el santuario con música. Escuchaba música moderna, nada religioso. Le pregunté si se concentraba y me dijo que sí, que le ayudaba a rezar. Me sorprendió, tal vez los jóvenes actuales tienen más capacidades que los no tan jóvenes para atender muchas cosas a la vez. El «*Multitasking*» supone hacer más de dos cosas al mismo tiempo. Esta tendencia de nuestra sociedad actual no es tan sana. Repercute en el organismo y no nos deja hacer bien cada cosa que hacemos. Por eso tenemos que cambiar. **Necesitamos aprender a adentrarnos en nuestro corazón. Sólo en el silencio podremos tocar a Dios.**

Hace poco una persona me comentaba un hecho singular. En la empresa en la que ahora trabaja les había hecho la misma pregunta a varios de los empleados que dependían de él: «*Si tuvieras que cambiar algo en la empresa, ¿qué cambiarías?*» Para su sorpresa, la respuesta había sido la misma en la mayoría de los casos: «*Cambiaría mi sueldo*». Eso me dio qué pensar. Si nos preguntaran ahora mismo: «*¿Qué cambiarías de tu vida?*» ¿Qué responderíamos nosotros? ¿Qué quisiéramos cambiar de nuestro pequeño mundo? Tal vez nos quedaríamos en lo mismo: pasar la crisis, tener mejor sueldo o una mejor casa. Aspirar a más nos parece casi hasta innecesario. Una publicidad de Apple decía: «*Las personas que están tan locas como para pensar que pueden cambiar el mundo son las que lo hacen*». Y nosotros, ¿queremos cambiar el mundo? ¿Estamos algo locos? ¿Cómo lo cambiamos? Tal vez nos obsesionamos con ese aumento de sueldo, o con la posibilidad de que cambien las circunstancias para que nos vaya mejor en la vida. Decía Steve Jobs:

«Tu tiempo es limitado, así que no lo malgastes viviendo la vida de otra persona. No te quedes atrapado en el dogma, que es vivir como otros piensan que deberías vivir. No dejes que el ruido de las opiniones de otros apague tu propia voz interior. Y, lo que es más importante, ten el coraje para hacer lo que te dicen tu corazón y tu intuición». Para que nuestro mundo cambie estamos llamados a actuar. Como decía Albert Einstein: *«No pretendamos que las cosas cambien si siempre hacemos lo mismo».* Cambiar o no cambiar, siempre nos mantenemos en esa lucha interior. **Nos da miedo aspirar a algo más grande y corremos el riesgo de estancarnos.**

En las lecturas de hoy parece que se enfrentan dos realidades, Dios y el mundo, pero no es cierto. Sería algo superficial pensar que la solución es optar por una de las dos realidades dejando la otra de lado. No están enfrentadas. Porque sólo en Dios el mundo tiene un sentido. Pensamos en el mundo con su dinero y sus placeres, en la vida de aquí, la que tocamos, con sus alegrías y sinsabores, con sus luces y sombras. El mundo heredado y el que dejaremos en herencia. El mundo que se nos pega a los huesos y el que detestamos. El mundo conocido, ese que dominamos y donde nos sentimos señores, y ese otro mundo ignorado, que le pertenece a otros. El mundo de los avances y de las largas tradiciones. El mundo de contrastes, de hombres grandes y pequeños, de santos y pecadores, de amores y desamores, de glorias y fracasos. El mundo donde brilla la luz de Dios aunque a veces no la vemos, y donde también hay sombras. Ese mundo que parece perdido pero que es rescatado. El mundo que nos hace y el que hacemos. El mundo que nos llena de nostalgia, que nos levanta cada mañana y nos hace pensar que somos eternos. Es el mundo que besamos apoyados sobre nuestras rodillas. El mundo que amamos y que debería ser un trampolín a las alturas. El mundo que nos habla de dinero. El mundo que vive la crisis de valores, de humanidad, de ausencia de Dios, de falta de medios para vivir. El mundo de ricos y pobres, de placeres y sufrimientos, de comunión y soledades. Ese mundo extraño y próximo. El mundo en el que vivimos y morimos y del cual no podemos separarnos sin perder una parte de nosotros mismos. **Ese mundo que amamos con toda el alma como camino y lugar donde se puede tocar el cielo.**

Y es en María donde el cielo y la tierra se unen. Ella es de este mundo y trae a la tierra el mundo de Dios. María es imagen del hombre verdadero soñado por Dios, como lo recuerda el P. Kentenich: *«En Ella se encarna, en la forma más pura, la primera idea que Dios tuvo del hombre»*¹. En María, unida a Cristo, todo nuestro mundo es entregado a lo más alto, ofrecido al cielo. Hemos celebrado esta semana la fiesta de la Virgen del Pilar. En Ella María aparece sobre el pilar que une el cielo y la tierra. Los documentos dicen que Santiago, *«llegó con sus nuevos discípulos a la ciudad de Zaragoza. Allí Santiago predicó muchos días y, entre los convertidos eligió a ocho hombres con los cuales trabajará por el reino de Dios».* En la noche del 2 de enero del año 40, Santiago, estando con sus discípulos junto al río Ebro, *«oyó voces de ángeles que cantaban Ave, María, gratia plena, y vio a la Virgen, de pie sobre un pilar de mármol».* La Madre de Dios, que aún vivía en carne mortal, le pidió al Apóstol que se le construyese allí una iglesia, con el altar en torno al pilar donde estaba de pie y prometió: *«Permaneceré en este sitio hasta el fin de los tiempos para que la virtud de Dios obre portentos y maravillas por mi intercesión con aquellos que en sus necesidades imploren mi patrocinio».* Desde entonces María puso su pie en España y no se ha ido. Fortaleció la fe del apóstol y le dio esperanza para la lucha. En el pilar se representa nuestra humanidad, débil y desconfiada, anclada en lo profundo del corazón de María. Ante nuestra debilidad Ella nos entrega el pilar de su fe y fortaleza. En la fortaleza del corazón inmaculado de María adquirimos la confianza para la vida. María ha tocado nuestra tierra y la ha convertido en su tierra, ya es tierra mariana. Ella quiere poner su pilar en nuestro corazón, quiere hacerse dueña de nuestras vidas, quiere tocar nuestra alma y hacerla suya. **Para vencer nuestros miedos, para hacernos creer en lo imposible.**

¹ J. Kentenich, "Una señal en el cielo", 198

María encarna sobre el pilar las tres virtudes teologales, que son un camino de vida para nosotros. En la segunda lectura escuchamos: *«Ante Dios, nuestro Padre, recordamos sin cesar la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y el aguante de vuestra esperanza en Jesucristo, nuestro Señor. Bien sabemos, hermanos amados de Dios, que él os ha elegido y que, cuando se proclamó el Evangelio entre vosotros, no hubo sólo palabras, sino además fuerza del Espíritu Santo y convicción profunda»* *Tesalonicenses 1, 1-5b*. En Ella se reflejan de forma preclara estas tres virtudes que estamos llamados a encarnar. En primer lugar María es Maestra en vivir una actitud constante de fe. Su mirada refleja la confianza en aquello que no ve y la certeza de saberse conducida en todo por el amor de Dios. La fe la lleva a creer en el Ángel y en el misterio de la encarnación. La fe la lleva hasta Ein Karem, donde visita y sirve a su prima Isabel. Vence los miedos, inicia el camino. Pensaba en una noticia que salió estos días. Una mujer embarazada de 34 semanas corrió el maratón de Chicago y, al acabar, dio a luz. Su fe la llevó hasta la meta, aunque quizás muchos hubieran querido que desistiera de una locura como ésa. Sin embargo, ella perseveró, porque tenía fe. Pienso en el esfuerzo de esta mujer y en su lucha hasta el final. Pienso en María cruzando las montañas para servir a su prima Isabel, embarazada y llena de fe. ¡Cuántas veces en la vida nuestra fe debería hacernos caminar y luchar sin miedos! Pero nos cuesta creer en lo que no vemos. No somos conscientes del poder de nuestra vida cuando es Dios el que la utiliza. **La fe es un don que tenemos que pedirle a María.**

María refleja con su vida ese esfuerzo constante en el amor. María ama la vida, ama al hombre. María es fuente del amor de Dios. Es la mujer amada y capaz de amar. Y en el amor recibido nos regala todo su ser. María es la mujer llena de gracia, llena del amor de Dios. Él ha dejado impreso su rostro en su alma. Por lo mismo nosotros, cuando descansamos en el santuario, recobramos nueva vida en el corazón de María. Dice el P. Kentenich: *«El seno y el corazón de María son lugares donde se realiza necesariamente el encuentro con Cristo, donde somos engendrados en Crisol es el lugar en el que todos deben renacer en y para Cristo»*². En la fuerza de su amor de Madre Cristo vuelve a nacer en nosotros. Y la imagen de Cristo queda grabada en el alma. ¿Acaso no nos recuerda hoy Cristo a quién pertenecemos?: *«¿De quién son esta cara y esta inscripción?»* Miramos nuestro corazón y nos damos cuenta que el verdadero rostro que vemos es el de Dios. Somos de Dios, a Él le pertenecemos y no descansaremos hasta que vivamos en Él. Su huella es profunda. Su imagen es imperecedera. El texto de Isaías refleja ese amor de Dios que nos elige. En este caso Dios elige a un rey persa y deja en él su insignia: *«Así dice el Señor a su Ungido, a Ciro, a quien lleva de la mano: - Doblegaré ante él las naciones, desceñiré las cinturas de los reyes, abriré ante él las puertas, los batientes no se le cerrarán. Por mi siervo Jacob, por mi escogido Israel, te llamé por tu nombre, te di un título, aunque no me conocías. Yo soy el Señor y no hay otro; fuera de mí, no hay dios. Te pongo la insignia, aunque no me conoces, para que sepan de Oriente a Occidente que no hay otro fuera de mí. Yo soy el Señor, y no hay otro»*. *Isaías 45, 1. 4-6*. Lo mismo hace con nosotros. Nos llama, nos elige, nos marca para siempre. **Así hace María con nosotros cuando nos dejamos educar en sus manos, cuando somos dóciles.**

María es un signo de esperanza en un mundo que no tiene esperanza. Ella se levanta sobre el mar revuelto de nuestras inquietudes para mostrarnos un camino de esperanza. Es la esperanza que se levanta sobre roca firme, como reflejan las palabras del salmo que escuchamos: *«Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra. Porque es grande el Señor, y muy digno de alabanza, más temible que todos los dioses. Pues los dioses de los gentiles son apariencias, mientras que el Señor ha hecho el cielo. Postraos ante el Señor en el atrio sagrado, tiemble en su presencia la tierra toda. El Señor es rey, él gobierna a los pueblos rectamente»*. *Sal 95, 1 y 3. 4-5. 7-8. 9-10a y e*. La esperanza es un bien poco presente en el hombre. Nos cuesta esperar y confiar cuando todas las circunstancias parecen adversas.

² J. Kentenich, “Una señal en el cielo”, 233

Tenemos que nacer de nuevo, recobrar nuestra identidad más profunda. Decía el P. Kentenich: *«Ella quiere, en santa alianza de amor, fundir nuestro corazón con el suyo y llevarlo profundamente al corazón de Dios»*³. Sólo anclados en lo profundo del corazón de Dios podemos descansar. Para que esto ocurra sólo podemos hacerlo repitiendo la oración que rezaba una persona: *«Dios Mío, te entrego mi inteligencia espesa y oscura, mi razón sin razones, mis ilusiones rotas, mis heridas pasadas, mi voluntad. Todo a través del corazón y las manos de María para que, ofreciéndolo a Ti, recobre la libertad de amarte, la paz interior, tan ajena al encogimiento, a la depresión, a la tristeza espesa y pegajosa que me impregna por dentro. Consuélame Tú, cuando Tú quieras, como Tú quieras»*. Sólo si le entregamos todo lo que llevamos en nuestro interior, **Dios podrá tomar posesión de nuestra vida y conducirla.**

Pero el mundo se rebela contra su Creador. El mundo huye de Dios y se refugia en su anhelo más profundo, el deseo de ser como Dios. En el Evangelio de hoy los fariseos quieren prender a Jesús, porque no logran aceptar su amor: *«En aquel tiempo, se retiraron los fariseos y llegaron a un acuerdo para comprometer a Jesús con una pregunta. Le enviaron unos discípulos, con unos partidarios de Herodes»*. Comenta San Juan Crisóstomo: *«Por esto, pues, envían a sus discípulos junto con los soldados de Herodes, para que pudiesen vituperar cualquier cosa que dijere el Salvador»*. La intención es clara, no buscan normas para actuar, ni quieren servirse de la sabiduría de Jesús. No quieren recibir el amor de Dios y no toleran su presencia. Cuando el mundo nos seduce, acabamos buscando nuestro propio provecho y rechazamos todo aquello que nos aleja de nuestros planes. Es la lucha aparente entre el mundo y Dios. La lucha ente lo que le pertenece al mundo y lo que es de Dios. La pregunta de los fariseos esconde una trampa: *«Y le dijeron: - Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad; sin que te importe nadie, porque no miras lo que la gente sea. Dinos, pues, qué opinas: ¿Es lícito pagar impuesto al César o no?»* Los fariseos no buscan respuestas, sólo quieren tentar a Dios. No buscan la verdad, viven la mentira. Hay cosas que le pertenecen al mundo y otras a Dios. Esa doble realidad no nos divide el corazón. Aunque suele ocurrir que muchos viven una doble moral. Una moral para ellos y una moral distinta para otros. Una moral para ciertos casos y otra para otras circunstancias. Siempre buscando el propio interés. **Si separamos el mundo de Dios, alejamos a Dios del mundo. Lo reducimos a la conciencia y a la sacristía.**

Sin embargo, lo que hoy nos queda claro, en todo caso, es que estas palabras de Jesús no nos llevan a retirarnos a la sacristía, a sacar a Dios de su mundo. Algunos han querido ver en estas palabras de Jesús una razón para dejar la fe y la religión para el campo de nuestra conciencia personal, como si en el mundo de la política y de las leyes Dios no tuviera nada que decir. Es un tema delicado que nos toca a todos. Cristo no quiere que nos escondamos en las sacristías. Dios quiere que cambiemos nuestro mundo con la fuerza de su amor. Quiere que nuestra vida no se acomode a lo que el mundo piensa. Dios ama el mundo y nos ama en el mundo. Nuestra religión no es un camino individualista de salvación. Nuestra fe es comunitaria, se hace familia y se hace vida en el mundo en el que vivimos. Por eso toda nuestra vida debería estar traspasada por la luz de Dios. Cuando dejamos a Dios fuera de nuestros asuntos, fuera de la política, fuera del trabajo, estamos convirtiendo nuestra religión en algo privado y personal que no gesta una nueva cultura, ni un nuevo orden social. Dios quiere redimir el mundo en su totalidad. Nuestro mundo sin Dios es un mundo vacío y sin sentido. **Por eso, como cristianos, estamos llamados a darle al mundo un nuevo rostro, una nueva impronta.**

Por eso la respuesta de Jesús nos da luz para nuestra vida: *«Comprendiendo su mala voluntad, les dijo Jesús: - Hipócritas, ¿por qué me tentáis? Enseñadme la moneda del impuesto. Le presentaron un denario. Él les preguntó: - ¿De quién son esta cara y esta inscripción? Le*

³ J. Kentenich, "Madre y educadora", 1954

respondieron: - Del César. Entonces les replicó: - Pues pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» Mateo 22, 15-21. Estamos llamados a dar a Dios lo suyo y al mundo lo que le pertenece. Pero luego le damos a Dios y al mundo sólo lo que nos apetece. Nos olvidamos de la imagen de Dios acuñada en nuestra alma. Tenemos que devolverle a Dios lo que nos ha dado. El mundo y Dios no están en oposición. Decía hace poco Benedicto XVI: *«El hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza, y su voluntad es justa cuando él respeta la naturaleza, la escucha, y cuando se acepta como lo que es, y admite que no se ha creado a sí mismo. Así, y sólo de esta manera, se realiza la verdadera libertad humana»* (Berlín, 22-IX-2011). Dios ha venido a redimir toda la creación. Dios nos ha dado una nueva impronta haciéndonos suyos. Nada le es ajeno a Dios porque todo es suyo. Pero nosotros separamos una cosa de la otra. Por un lado el mundo con sus impuestos, su justicia, su ética en el trabajo, por otro Dios. Nos dejamos llevar por la vida y separamos la fe y la vida. Separamos lo que creemos de la forma como vivimos. Nos hacemos las normas a nuestra medida sin escuchar a Dios. Nos dejamos llevar por lo que el mundo espera de nosotros, sin poner límites. No sabemos amar bien el mundo sin llegar a confundirnos en él. Acabamos actuando como todos lo hacen. Nos aprovechamos del dinero, que no nos pertenece, y buscamos obtener la máxima ganancia con el mínimo esfuerzo. Y pensamos: *«Todos lo hacen»*, y nos dejamos llevar. Nos acabamos asemejando a los hombres que no creen. En la carta a Diogneto del S. II, queda claro que los cristianos son de este mundo y, al mismo tiempo, le pertenecen a Dios: *«Los cristianos habitan sus propias patrias, pero como forasteros. Se casan como todos; como todos engendran hijos, pero no exponen los que les nacen. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas; pero con su vida sobrepasan las leyes. A todos aman y por todos son perseguidos. Se les mata y en ello se les da la vida. Son pobres y enriquecen a muchos. Carecen de todo y abundan en todo. Los vituperan y ellos bendicen. Se les injuria y ellos dan honra. Hacen bien y se les castiga como malhechores; condenados a muerte, se alegran como si se les diera la vida»*. Vivimos en el mundo y somos de Dios. **Dios quiere que seamos fermento en el mundo que le pertenece. Somos ciudadanos del cielo.**

El Evangelio de hoy nos lleva a cuestionarnos nuestro apego desordenado a los bienes materiales. En esta época de crisis se acentúan nuestros miedos ante el futuro y el dinero nos importa más que nunca. No queremos perderlo todo, desconfiamos y dudamos. Quería recordar unas palabras de Steve Jobs a quien no le faltaba el dinero: *«Tanto dinero me causa hilaridad. Es la cosa menos valiosa de mi vida. Ser el más rico del cementerio no es lo que más me importa. Irme a la cama sabiendo que hemos hecho algo maravilloso es lo importante para mí»*. Al fin y al cabo, el problema no lo es tanto el dinero, como nuestro apego a tantas cosas que conseguimos gracias a él. Con él tenemos una posición en la sociedad y accedemos a un mundo o a otro. No nos gusta perder lo que ya hemos conseguido y nos importa cómo nos ven. Pero el dinero no nos da la felicidad soñada. Sólo una vida lograda y plena merece la pena. Y es que la mayor pobreza que deja a la luz esta dura crisis no es la pobreza material. Así lo explica la Madre Teresa: *«La pobreza material se puede satisfacer con alimentos y medios. La pobreza del desamor, de los olvidados, de los no amados, es una pobreza más difícil de satisfacer»*. La pobreza que más nos entristece es la que vemos en muchos corazones empobrecidos, secos por la falta de amor, rotos por el dolor y el sufrimiento. Somos más pobres cuando nos creamos necesidades que no necesitamos. Cuando dependemos de cosas que no nos hacen felices y cuando nos empobrecemos en nuestra capacidad de amar y de ser amados. Somos pobres cuando sólo pensamos en el dinero que necesitamos para ser felices y nos atamos a todo lo que conseguimos con dinero. Sabemos que no es fácil vivir con libertad en este mundo. Decía el P. Kentenich: *«Una gran santidad consiste en mil pequeñeces. ¡Aprovecha el tiempo!»*. Tenemos tiempo por delante, tiempo para ser concretos y empezar a cambiar. **Queremos darle a Dios lo que le pertenece: nuestra vida, nuestros sueños y nuestro amor.**